Ivette Mendoza Fajardo

Rincón de tu Reflejo

Ivette Mendoza Fajardo

Esculpe un reflejo

Esculpe un reflejo licor de tu recreo,
una lucha compleja al inicio del amor.
Analogías y ensanchamientos perplejos monetarios, de
tantas y tantas monedas causa un vapor naciente.

Oscilaciones y peso de una convicción,
repta el conejo en la charca de la rana.
Botones bramando asustado cerrojo,
contagia presunciones en vista a la mar.

Valeriana en tiempos de abominables apreturas,
sospecha sobre su flotillas de yedras valencianas.
Hervidero sobre tubérculo narcisista,
gratifica muñeca mapamundi patético para ser amado.

Responsabilidad de remos donde nacen los abismos,
amargura del yeso remplazar el rito quiere.
La luna para sobrevivir mis ojos, son como
Memorias y consuelos de orejuda iguana.
Túnel sagrado de tu gracia bonsái.

Ivette Mendoza Fajardo

Derivada dualista el páramo goyesco

Derivada dualista el páramo goyesco y lagrimoso,
supersónico alarmante, entre objetivos claros
y en tropel ávido lanza al pardusco sinécdoque,
los calores bohemios como vectores balbucientes
para el banal sacrificio.

Ruge en suceso primario hastío y rotativo
y el fin en suaves variantes se separa, se consiente
en un acercamiento de defecto subrayado,
prueba fecundante tanto así la mirada ya prexistía
encorvada de rogar, aparatos nuevos.

La mentira solapada se agonizaba tronada,
yerga y yerga en desierto plenipotenciario
para derivar el amor del musgo en una palabra.

Frenética incógnita se deleita incitativamente,
que de aprensión desdibuja los atardeceres eleáticos
y en el ajustamiento de hojas frescas lustra mi existencia.
De concluir, lo disuadido era el archipiélago del alba.

Ivette Mendoza Fajardo

Océanos imaginarios

Océanos imaginarios sacrificados y conmovidos
recoge del páramo racimos de pájaros diluvianos.

Una marea altiva blanqueaba a los caracoles
con láseres silenciosos extrañaban lo entrañable.
Saboreaban en derroches un escarificado atisbo
en un recuerdo frondoso quedó por cierto.

Seguir acaso porque yo era la única testigo,
trazaba en mis entrañas el preámbulo agorado
mientras el ábaco pedía en cortometraje desenlace,
las frases paladas se exprimían estacionalmente eufóricas.

Lo irascible arrumbaba entre inviernos e irritantes lloriqueos.
Falsificación de besos y latidos como soplones de la existencia
con esa luz de sangre marinera y rígida de sabores
en la incredulidad de dolor dudoso, la herida es olvidada,
¿Qué envuelve incorpóreo al árbol en el que circundamos?
Desata las ciencias que al alma da en irrevocable arrebato
y todos volvemos a cabalgar en océanos imaginarios.

Ivette Mendoza Fajardo

Caparazón tras la partícula

Caparazón tras la partícula hijo que suplica porque si
respetó a la tranquilidad desabrida como que nacían adolescentes;
la zona de ambos es la dirección del este ante los dotes que prometieron.

Capitolina intención, alteradas ramas que por ilusión quedaron
al dios divino que hoy por mi tomó su enorme decisión.

Señor romano que romance en que situación viene la aurora
dispersaron la unción de sentirnos reyes en campamento justo
sufrido turna al escribano, muestra la historia que deseamos ver.

El tóxico verso mira su afinidad electiva, en la abstracción inversa de asfalto.
Apocalipsis numérico vincula redentor tráguese la lengua espartano,
sinceramente la doctrina del crepúsculo negro genera cierta estimación
miramos al vestido ilustre bajo el poder de la tórtola nauseabunda.

Doble sujeto sobre la hormiga interoceánica corredera a descontrol
ensamblada en la hielera precedidas a tenor, quiere casualidad
del reloj loco de sonrisas y otras prosas de tumba herida, omoplato
etílico fortachón brama al final de todo.

Paseamos las letras como en tráfico hidrológico de enfermedad horneada
y principios de la patria de imágenes neoclásicas en aparente roto motor
zoológico de sufrimientos que representa dañar pasado adjetivado;
monumento pectoral de renacuajo renacentista morder tus labios
quiere para almacenar veneno hasta la compostura de mar adentro.

Ivette Mendoza Fajardo

Lo que raptó mellizo

Lo que raptó mellizo de los ojos de panes aristados,
coleccionan tigres con garras de zopilote ultramontano.
Daría yo que puebla el diablo jorobado de cebras cortoplacistas
a la diestra de hímenes poéticos.
En bancarrota queda
la torre de babel que rastreó papel puntiagudo sobre
las pupilas de la falsedad llorando amén como mi único
temor cartográfico que beatificó Káiser vitamínico.

Me enamoré de la muerte de Lázaro que resucitó
dentro de las mandolinas por atardeceres con sabor
a cigarros chungos.
Vientos de la felicidad infelices añadidos
a la bendición de los murciélagos centrifugados como
astillas haciendo su voluntad para ser el revuelo de los cirios
ante la piñata de los cartujos que beben de los espejismos
mientras la astuta caballeriza era anexa al periódico
de la infidelidad.
Saltan los días agresivos, viven chambones del destierro.
Marcan tus pasos indeliberadamente, corre indefenso
el cuervo vistiendo su traje de caracolas en un parto
de melodías, gimen mis manos lunas con bastón
del emperador como del teorema del Mar Muerto.

Así quiso el veneno de la medusa, así amansé al
dragón jarocho paleolítico de las orejas, respingón
de la mollera, resignación pétrea y saltarina amor y
tributo del trompón dentro de la palanca radioactiva.

Ivette Mendoza Fajardo

Sueño acromático terco en su aventura

Sueño acromático terco en su aventura de tierra fértil.
Metal de su caricaturesca armadura; letanía de sus párpados
esponjosos buscan la evidencia en la coloración de su axioma.

Comadreja cosquillosa en secreto gorjea macareno aprieto.
Su falta de memoria es el centro euclidiano magnetizado
cuando pierde la inocencia de su cuerpo mitológico.

Paragua transparente protege la mitomanía de Minerva
frente al muro numerológico de su psicosomático
alumbramiento que tuvo que ver en un arte de embrujo.

Idolatría de sierpe en imaginable apego a su histerismo.
Ronroneo y ronronear endecasílabos, Penélope juntaba
las rimas, las juntaba en grecolatino balbuceo donde ganaba
esperanzas en el frenesí de su dramatismo.
Bajo el amor encrespado de apariencia, saludablemente
ignoraba la poesía a la distancia cósmica desde su aroma natural
hecho numen.
Portaba pancartas de infancias luminiscentes
con las manos extendidas hacia el infinito.

¡Oh terra, ae!
¿Dónde puedo encontrar mitología?; en el humo de la brisa,
en los calendarios y el entretiempo; en la sombra herida
de mis herbosos días de soledad y destierro.

Ivette Mendoza Fajardo

Crepúsculo energizado

Crepúsculo energizado, bruma furibunda, paisaje macilento,
cacatúa por la cadencia enjaulada para entretener mundos
en vuelo apocalíptico; viento argumentado dentro de fuego glotón
y entre los saturados sueños, va con pico de linaje, abulia y modorra,
por las alas inocentes en fronda revestida de vida cotidiana.

Discóbolo del relámpago perennemente poético.
Un sonido ecléctico traza el límite y nunca cesa de preguntar;
fuentes por el gerifalte del llanto en indocilidad eurítmica.
Dádiva de mi voz como en su capacidad de ave híbrida
ante el brillo de mis ojos, la novedad es su nueva llamarada…

Ivette Mendoza Fajardo

Torres de la memoria

Torres de la memoria de desiertos aniquilados
azuzan la embestida del aroma de su lánguida palidez.
Luz que ruge desde las arañas siameses en los escombros
se bañó en aguas cenicientas del cercano olvido y
es la esencia de caer y levantarse vertidos por la esperanza
inoxidable.

La autodeterminación magistral del malinche
va masticando la frialdad de los ósculos en sus pequeñas
vivencias, sobre círculos de cenizas.
Lágrima que se dilapida en sedas rimbombantes
desde los cristales de soles embravecidos.
Un vano intento entre los labios y las pestañas de una
luna elitista dentro de su bálsamo proletario.

Delirios de las circunstancias cargan sus bagajes,
sus voces se diluyen en el leve vagido de un caracol en la mar.
Cien interrogantes se ezquerdean, buscan el metamorfoseo
de corazones extrovertidos hacia las dulzainas en hontanar.
Engrosar las horas de almas silvestres para fulgurar la paz
aun dentro del escarnio.

Medimos con exactitud el trino alegre del jilguero triste
que decide echar vuelo hacia al ocaso en una tarde inmolada.
Nace un fruto en un tiempo ausente de un sueño inminente
y en el rostro se amortaja descubriendo un átomo de amor.
Gran sabueso azul busca refugiarse en un gua, gua chinchilla
ladra versos desde un astro humano para una misión secreta.

Ivette Mendoza Fajardo

Como arañuela colgada

Como arañuela colgada en las esquinas
su miopía vacilante, casta y vacía
atiborrada de monigotes, brazos palúdicos,
compuertas, lechos, dibujos embelesados.

Pasa la luz de hatajo sin lo resplandeciente eran
periféricos caminos entre los climas ceríferos.
Posclásicas formas desvividas descorazonadamente.
Alaridos galácticos ideáticos y orates maldicientes en
esa crudeza con que apapacha un céfiro,
esa brisa bragada se ha ido.

Tus manos verdosas la han extirpado.
Pero me reconecta tu ser en un goce indefinido.
En el aire iterativo tal vez me zangolotea.
Corretear un poco, soy rigor, centro llamativo.
Oh comadreja que muda camaleónicamente,
por un cúbico cristal me asomo,
me pienso lo indispensable,
la que pende la versatilidad de una pluma.

Ivette Mendoza Fajardo

Necesitaré tu sombra exaltada

Necesitaré tu sombra exaltada formando un horizonte infinito factorial.
Cielos, órbitas y abismos, reverentes dominios aventando ventriloquía antigua.
Viruta glótica de la muerte deseaba conocer testigo de alba arcaizante.
Tengo una estatua de arces, un capillo, un sueño comburente en el tiempo.
Encuentro en tu voz el biodegradable ímpetu de la materia desaborida.
Por el hábito de redoblarlo, se desdobla tangible como comparsa egipcia.
Con sorber galvánico tormento que tu ausencia me ha de resonar, vislumbro, todo lo vislumbro.
Tu piel de almendro presiente mirando distraídamente los mausoleos fachendosos.
Flagrante lapidario es el cabecilla de los incrédulos se desgarra y me desgarra.
Obsesionada de símbolos un rastro como un azote lo incriminaba natural propiamente allí.
Despierta de magia y encantamientos mis llagas azules es un corpiño norteado.
Brisa absorbible en salvación y comunión acostumbra a ser señoría carnívora.
Vida resonando perfila nariz helénica como póstuma musical de orquídea encuetada.

Ivette Mendoza Fajardo

Espada carrasposa

Espada carrasposa de doble mirada giratoria
escolástica medieval y heliocéntrica como el sol.

Un cielo solariego aclara la aurora renegada
pronto tendrá que presagiar paranoico atardecer.
Poemas pancromáticos reñidos bajo luna maquiavélica
que en lienzos se nos va panegirizar igualadamente.

Nacimientos de camachuelos alcanzan calabozo de tafetán
al explicarte me convence cacreca alabanza y apomazar
momento, inadecuada rendija por decimosexto vislumbre.
Todas las mañanas vuela papalote manchón dentro de
mi nostalgia laurea, acampa sueño imprevisto de parca intención.

Centuplicando martirios, cercenado caminos para guacamayo
gritón y madrigalista, sacarte del escondite huracanado
que mal humor requiere.

Dirás vida mía todo es tan claro como humo cuentista, ve por
mi flama discursiva que arrulla para dar explicación fañosa.
Mensualmente erótico cursor bellaco y madrugador entrega
su vida a los gendarmes de la vida de investidura In Aetérnum.

Ivette Mendoza Fajardo

La duna botarate

La duna botarate y el dueto libertario
del mundo liberal y dilatorio
tienen un solo libreto indicativo para mal de ojo.
El cortés manantial de la cítara llueve
entre diablescos entrecortados por
teatros declamatorios
y espacios iridiados.
Llueve sobre intranquilidad y mescolanza
como probetas a refracción
sobresalto paradójico,
muslo refunfuñón
en campo abierto y desesperante
de peletería y clarines edénicos.
Mescolanza de hendedura nectarífera
moneda literata y ave fortuita
filamento filantrópico
desfondan todo escepticismo.

Ivette Mendoza Fajardo

En el burlote ruego

En el burlote ruego
del sueño rojo
del cíclope,
la panorámica luz fluvial
resalta su equidistante
estética cosmogónica.
Círculos concéntricos
de esquinados ecos
en el greñudo ostracismo
de los indisolubles silencios.
Fiereza patituerta
en el recuerdo segador
la oscuridad del vigor encandilado
abrasa su pupilas de fragor
contra facetas inmutables.
Desenrollar diligencias cuprosas
con la voluptuosidad equilátera
en razón folletinesca alguna.

Ivette Mendoza Fajardo

La vida es una representación conopial del tiempo

La vida es una representación conopial del tiempo.
Cuentahílos de esporas esmaltadas de galanuras
guarnece hieratismo malintencionado; macerar
entre las acuciantes aguas que el lebrel sintoniza,
llamear y llamear todo se materializa, parte no nos
escucharon algo que germinó en las sienes.

Entre la danza marsupial minifundista y el hermético
furor de ocasos de nigrománticos reversibles,
la duda robótica es la semitransparente pausa
que toma por verdad la paradójica excentricidad
de una supernova con razonamiento disparatado.

Faceta contra faceta ante el olvido surto se ha ido, o
junto al cincel biselado de cofres secretos y perceptibles.
Amasijos de metales perfoliados en su quebradizo
púrpura y retractable abisma a cualquier anochecer fecundizado.
Todo depende de una sonrisa félida que venera al heliotropo
letífico sobre sus rigores hirsutos al liberar arte visigótico amanerado.

Ivette Mendoza Fajardo

Centauro diestro elude la muerte

Centauro diestro elude la muerte de libertad tangible
porque teme a siete virgos naufragados literariamente,
invidente del misterio empecinado a su caricia monda.
Oh máscara erótica del soneto gimes en mi mano devorante,
alienada por los dioses que explotó fragancia desde el cieno
de escorpiones ingratos de esperanzas que deshoja cada
pétalo de niño dormido; me duele el viento sosegado,
estruendoso de admiración que por su terquedad ve
fervor en el peral y su ilustre sentimiento animalesco.

Lamento por los oídos, terror que sigue lirios de luces
milagrosas mas no teme a su coraza desmedida y risueña;
maquinariamente escabulle de su ala salvadora como de esas
mariposas absortas que violentan su brindis triunfal,
desde el fondo de sus tumbas se engolosinan en plenilunios
ante mi éxtasis supremo; heridas de cenizas, inagotables
prosopopeyas del amor derramado su magia fumívora.

Y a mí para adueñarse de lo que quedó, un muslo romanista
como pasatiempo pasteurizando mapachines en ovación;
a la misma hora que extrañó Rimbaud su sombra filosófica
en el rito de aclamar sílfides y estrellas deshilachadas.

Ivette Mendoza Fajardo

Beso benigno del sol

Beso benigno del sol en el águila de la soledad.
Caricias letárgicas de una primavera sobre el razonamiento
de la nuez.
Otoños prístinos que mueren entre suspiros membrudos
y hojas funambulescas.
Brisa afrancesada que palpa los violines es el
hombre que alaba el sacrificio de la salamandra
frente a los océanos entre los farallones baguales y la cordialidad
de cuervos…
Verso horizontal que corea en un punto para luego huir como
indomabilidad de lenguas, mostrar clarividencia dispareja,
elocuente en un eje en la cuadratura dinamoeléctrica.
Rumor de frazadas y relinchos inalámbricos lucrativos.
Aleteo de la duda y verdad malaventurada.
Ranciedad del arte pos-silábico en el atardecer exfoliante
sobre la rapacidad subscritora de noctívaga rapsodia.
¡El poeta nutre la sustantivación de las estrellas intercadentes!

Ivette Mendoza Fajardo

Lucífera cara en hiemal solsticio

Lucífera cara en hiemal solsticio.
Flecha gitanada súplica escaldada.
Corazones martillados en silencios son
ecos coloquiales con las piernas atadas.
Gendarmes de la soledad emotiva como
besos comulgantes y depresivos.

Arropamiento celestial de las palabras bulímicas.
Varicela de luna áspera, dominante y someter.
Cinchadura del mar en ojos copulativos al anochecer.
Galápagos de la muerte añil en temidos calvarios.
Palabras de gusanos picaflores agrestes y apaciguadores.
Pianola vertebrada en rinconada ososa.

Paralítico renglón de la cizaña madrugadora.
Lenguas prietas en olvidos inútiles, anhelos ciegos.
Nacen señoritas las sílfides astrales.
Piedra primaveral del laberinto de cuerpos parduscos.
Matices alarmantes y paleolíticos humanamente hablando
que escarban sol patituerto,
amoríos entre huesos proclíticos es la
desilusión valerosa sobre puerta de los mares.

Retazos de recuerdos envesados unidos al arte Olmeca
explican su piadoso amanecer en un pétalo de sonrisa ictiófaga.

Ivette Mendoza Fajardo

Conjunción galanteadora

Conjunción galanteadora de caricia taciturna y pretensiosa
Leve suspiro, nubado en fragmentos pigmentarios
Uñas de la terquedad tecnológica y neutrónica como
apariencia preguntante en prospecto de sendero integrado
hacia el trópico virtuoso, al tiránico tumulto artificial.
Espadas óseas bajo un cielo indolente quedan por verse como
reses vanidosas insurrectas disfrazadas de machos cabríos.

Carteles con escotes ultraderechistas y parásitos inteligenciados.
Bruma accidentada y edáfica al mejor postor igualitariamente
Hojas sexuales beatificadas bajo un bombardeo de lentejuelas vernales son
olas harapientas de disléxico centelleo en su espuma higienista.
Barquitos de papel dolarizados a la americana hierática.

Vida enloquecedora de caminos infinitos por chamusquina redonda
de dicha dorada de los costados higrófobos aseados por el olvido.
Con la sombra de mi cuerpo construyo jardines edénicos piñoneros.
Lloro logarítmicamente asíntotas que desembocan en un mar rebobinado.
Escenarios de garduñas besan los rieles de la melancolía psicópata.
Doblegada a los pies de la poesía me someto a la rima de las espinas.
Clímax de la musaraña en aulas desertoras y dipsomaníacas de espinacas.

Preposiciones de castañuelas se calcinan en ultramar petrificadas.
Túnel transmutante de las mariposas en flotabilidad hormigonada.
Asombro de la tristeza intimida leyenda tropical y ojival acantilada.

Ivette Mendoza Fajardo

Hilando recuerdos clorofílicos

Hilando recuerdos clorofílicos de escaparates sociales.
Intimidando leopardo lerdo y mosqueteril, sabihondo endógeno.
Mostrando suela sustantivada en mala suerte sin retroceder.
Embaldosando corazones titánicos y entramados eco –virus.
Historia marciana herbívora en granadilla triste como cañón guerrero.
Haloidea sensación de las flores en instrumentos musicales.
Fotogénica cumbre de nostalgia en marmotas cibernéticas.
Crimen de las voces en días sonrientes declarativos para ellos.
Desinformación celeste en acueductos delatores al ojo piquín.
Perfume de la sonrisa en momentos penitentes máscalo bien.
Cae mi noche perpetua de memoria dadaísta y sufragada.
Yo razono sobre la puerta tallada electrolíticamente replegada.
Soy un ser acostumbrado a vivir en un pozo intranuclear.
Mi momento más feliz es la terquedad casta de dedos brutales
Humedad levógira y usura literaria mercantil al corretear
Mis gustos melancólicos con sabor a canibalismo matriarcal.
Deducción de tu pelaje en estambre aguatado llora coerción.
Ataduras de las ventanas, chillido hollando caligrafía extractada
es ser el tiempo donde las ráfagas del viento mecen tu añoranza.
Cálao emocionante en atardeceres de arcoíris a mi alma encinta.

Ivette Mendoza Fajardo

Abreviación cursiva

Abreviación cursiva
desde el trecho esmerilado,
el encontronazo despierto del martillo,
sobre la fachada movible y embrionaria
de universos salpicados de impresionistas manantiales.
Cubismo de la noche desmadra el pensamiento,
mesmeriza entre las mescolanzas
y modificado de inecuaciones, va
hacia la instrumentación de las horas sempiternas.

Un prisma iconoclasta
hopea sus centelleos
entre glutinosas penumbras grises y cristales elzevirianos,
el rocío cavila sobre el tántalo terciario,
eufonía fragmentaria
en muscíneo lloriqueo,
derrama en las marejadas lívidamente,
oxigenadas como los días, doradas como el sol
su perfil núbil levitado en moléculas cautivas,
para ensalivar los papelorios
de tinieblas y mutismos,
refunfuñando a la palestra de bufos sueños;
para parear en nubilidad
en invernaderos baldíos
desgranando extravíos entintados
que descargan aguaceros de cigarras axiomáticas,
en coníferos momentos deslizados por enigmas.

Ivette Mendoza Fajardo

Del metamorfismo enésimo

Del metamorfismo enésimo de cúbito es
la secante de los siglos en el clavicémbalo enervado
desde la gravedad farruca del torso por el cielo
al punto diametral de las aguas incoativas.

Alguna enciclopedia con el chúcaro cucurucho sin la
descongelación acuosa de los ojos consabidos;
descascarillada va la brisa y al coligarse en lo absoluto
se torna en la ausencia de preámbulo de fe taoísta.

La singladura cuadrante de los pétalos coleópteros
en el colectivo numeral apenas es lo inmediato y casual;
el seno de la textura y el coseno de la forma ante
lo virtual, el cibernauta retoca algún pixel
donde los números se entrelazan obsesivamente.

Ser arista allá en el viento pragmatista es lo quimérico
en puntos equidistante la abstracción se rompe;
la huida discriminante en paralelo hace al hecho
como catálogo cúbico en todo cuanto existe
y el alma en lo real rastrea su cuantificación infinita;
los bordes de la luz hacen los planos de la sombra
aleatoriamente austral.

Ivette Mendoza Fajardo

Su voz recorre el horizonte cibernético

Su voz camina por el horizonte cibernético
inunda el vacío del silencio desmemoriado
como una palabra tan inquisitiva donde
atosiga un trazo coaxial al borde de la brisa,
y su coraza inexpugnable en el cielo contemplativo
se expande sobre el cuentagotas del tantrismo
agujereado y sediento de horas desmedidas,
el esperanzador comienzo hipnotiza las mañanas
como dentro de un espejo enclenque y distante,
el olvido inspirado por su vanagloria moja
con sus lágrimas un mosaico de cascabeleos.

Ivette Mendoza Fajardo

Los labios grises profesan

Los labios grises profesan
nostalgia y crepúsculo, ahínco
de la mar azahar cantar la piel,
desierto desguazado lumbre
grito de la colina añeja grita
se hace realidad en decadencia,
arrebatado huracán ensordecedor
es anacoreta marcha, al fin procrea
risa inquisitiva risa gris
sin mechones ni dialecto azul
el fuselaje de tu carrusel numulítico
sentenciando te absorbe para mal.
Cabalgata en labios grises,
ríe para berrear clínica mesura
que en tu despótico letargo,
el ensamblaje nos da solo alabanzas.
Jactancia, labios grises suplicar,
revuélvete en tu exogámico rencor,
que el fotofóbico silencio
no impondrá tu historia de amor
Oleoducto de labios grises riñen
pajarracos del bien pequeñín
que en tu costilla curvilínea
de precolombina setas
lloran labios grises lloran
y yo te lo imploro tómbola
de tu totémica lujuria,
auditar palmoteo de la felicidad.

Ivette Mendoza Fajardo

Hago timbrar las noches frívolas

Hago timbrar las noches frívolas una a una
sobre el ritmo desvencijado de su matriz aletargada.
Noches sobre la enésima quimera goyesca.
El llano juicio de Goya es la congoja de Saturno
de muchísima inspiración, centurias, décadas y años.
Toque a toque, timbre intransitable reconstruido
como sones de tus dedos tronadores,
salto del timbrazo todo ello arrebatado.
Yo una vez era, timbre de los soles intrépidos
que grababan al timbrar deslumbramientos
colosales bajo la luna fulgurada.

Ivette Mendoza Fajardo

Viaje celestial

Se bifurca el ímpetu de mi alma constelada
inducida para el largo viaje celestial
dentro del universo paralelo,
que silente va
o quizás más suave y efímera.
En secreto esconde su estancia
alejada del dolor y tan cerca a la esperanza
porque descubre su sombra alada
contemplando el gélido ocaso al recordarlo siempre.
Hay música, vida dentro de las
mansiones del alma, que palpitan
con el corazón ingrávido del mundo,
rítmicamente.
La tierra llora y mi cuerpo núbil asoma,
tu nombre se impone
nos une la ternura
y nuestro aroma ardiente
es aún más evidente y tangible.

Ivette Mendoza Fajardo

Y hoy en día así duerme

Y hoy en día así duerme la odorífica llama idiomática.
Y hoy en día que el silencio no grazna salutación alguna
ya no puede existir más sobre su bravata recalentada.

Y hoy en día que la vida se ensancha al garbo sideral,
ansiosa, dominical a su insociable oscuridad de escollos virulentos
eligiendo nuestras desaladas dudas; como garuas azules
de las penumbras itinerantes y sandungas de la memoria; es
que vieron soñar un río desconchado en una tierra extraña
de mitómanos gemológicos y geriátricos mausoleos.

Hay que dimitir de entre campos cogitabundos y jardines apoteósicos
calcinando su disruptiva lógica y su dramática pirámide de
embarazoso coraje y emplastadas fragosidades.
Y todo el amor del mundo, toda estocada zeta en ayes de lujuria.
Y toda mortificación que estruja al inverecundo lince dentellado.
Ven pronto a fugarse conmigo dentro de sus poros patronímicos.

¡Exuda arañas rojas incendiariamente cabello de ángel!
Hombre del copete discriminante y de barba cuatrimestral
antes de que las llanuras pistonudas se desmoronen
y los universos de iguanas combatan entre los comienzos erosionados
pronto, pronto, que la estancia de la muerte rompa la
insinceridad de tus mejillas; escribiendo sus hábitos menstruales
allá por el estremecimiento de nuestras almas; pronto ya que
riñan el cuerpo del esfuerzo enredados en tu impetuosa corbata
fluorita.

Ivette Mendoza Fajardo

Escudriñan tu piel ahorrativa

Escudriñan tu piel ahorrativa y en una transición bancaria
miden mis costillas, las ahorran en débito arrendatario,
captan mi alma interactiva y contabilizan su karma capitalista,
buscan una deuda en vidas pasadas, buscan mis días
requemados carcomidos por los tiburones acreedores
y belladonas amanecidas en tus sordideces rastreras.

Tabulan tu fabulosa fábula, examinan dentro de tu ser
tu geometría deontológica, remueven tu libranza,
tu cartera piel de lagarto y tus galardones de saliva monetaria;
aumentan tu mirada neófita, tus zapatos nerviosos y en ellos
busca un prestamista malabar a lo que una vez fui;
escudriñan tu sonrisa mellada y un perno persuasible
en tu equilibrado sentimiento laboral cambia inclementemente.

Pende una cuenta en mi corazón de contabilidad secreta
que martillan un elefante de dolor, cinco dólares de rebuzno,
dolarizan intercambios bancarios de titilaciones, revuelven arqueología
transnacional del aprieto recurrente, conspirar en no abonar
marchas del terror de acaudaladas lagartijas
demandan la oferta de la vida embustera consumida por
pájaros de mercantiles sueños amortizados.

Ivette Mendoza Fajardo

Entre sombra y sombra

Entre sombra y sombra fuego de talión
de alguna mano de ceguera o de resignación.
Quién sabe si mirando caracol marino
o simplemente un clavel de rojo virgen en árida unción.

El tiempo lo ignora que importa, empezando
cinco al frente hacia delante, a fronda vuelve
tras una pausa un vestigio verde que la madrugada atraca
casi en medio del latido de suerte abollada,
columpia soledad compartida y cierne
ondulación de lenguas sobre mis senos infinitos.

Sal dulce del amor y durazno de la muerte
de connotación a connotado de las noches
deshidratación de mi cuerpo exaltado
facetado de azur sonido de tu arteria coloidal
en xilografía de homocercos misteriosos
aparece enterizo el mar de la caligrafía almendrada.

Exagerando los aullidos, rehúye explorador
y antes imagina cerca de mi alma, sal dulce
y allegamiento inclusivo del amor.
Cuál céfiro, cuál pez que vuela orado hacia el rosal,
se motea igual a mis quejidos.

Mi deseo del ritual endurecido eran esos
ojos guerreros sinápticos en recreos
entraban sopapeados a la eterna disparidad,
sinalagmática tormenta de presagiar
rosa de humo discrepante hacia al final
con mi ombligo leucocito encrespado.

Ivette Mendoza Fajardo

Albea magnetizado el amor

Albea magnetizado el amor. Lo interrogan
coronado de comas y de punto suspensivos.
Lo han diseñado de cuartetos, también lo han pringado de bocetos
blasfemos y despechados carburos en su atavío papal claroscuro.
Ah mi niño mimado, el tiempo ha pasado.

Cascabelean ya las caderas irascibles
y el sol menoscabado ya no brilla en mis manos de alabastros.
Vuelve a interrogar tu beso anhelante en sueños,
retocar por siempre tus labios carmesí.

Deja que responda un amuleto meditabundo,
que coloque la vela en el altar de mi pecho embrujado con cianuro
sobre la espiga puntiaguda que florece en tus sienes.

Ah, mi niño mimado que despeinas tus cabellos mientras
la humanidad duerme entre tus sollozos.

Un cielo de ambrosia cae sobre los bucles de la noche y
recuerda tus metáforas blancas, tus puntos finales, el chistear
de una becqueriana poesía, antes de que el poeta se arrepienta
con su pluma por espada ensartada en el alma, una mariposa
en gestación rememora dulcemente en mi corazón.

Ivette Mendoza Fajardo

Locuaz logotipo

Locuaz logotipo que difumina del géiser todo néctar.
Dorsal encrucijada por aquí y por allá,
zarandea a lo que va a contradecir cien soliloquios en canto
irreversible hacia lo sublime.

Aclaro, no escarmienta hacia el nunca jamás.
Hay un capulín clasista y es intangible.
Intangible a lo que soy que ama catafalco desnacionalizado.
Intangible al ensanchamiento que atrapa pero no lo atrapa al reprimirlo.
Intangible a la intrepidez del que lo rima.

Y es sopor que sanforiza toda crianza ungulada,
simbiosis que engrana en cada titilación de tu mirada.
Revoltijo que extrae veinticinco días en nebulizar serpiente.
Quien narra esta historia magnetita vive más de mil años.

Ozoniza el alma progresiva en su reverenciada revista sepulcral.
Siente cómo su manipulación se atraganta con el óxido que la corroe.
Liquida a cada instante cuando se interna en la breña de mi mente
sabe a hielo lipófilo entre las entrañas.

Ivette Mendoza Fajardo

Bendito dijiste de bona fide

¡Bendito!, dijiste de bona fide
y tus palabras iluminaron la oscuridad.
y el dolor cesó dentro de tus entrañas.
El alba corre por tus venas, albea el alma.
El amor impregnado disuelve el temido ocaso.
Cálamo de ternura en la vastedad de tus aristas.
Nacen frutos desde tu nueva hallada sabiduría.
Mueve las montañas y sus ciclos equinocciales.
Sucumben tus alas ensangrentadas hacia los objetos yertos.
Es que un dios airado te ha fulminado con un rayo
sobre tu cabeza, despertándote.
Hoy espero con gran gozo ver como levita tu cuerpo y el mío
y evitamos palpar la impureza de nuestras carnes,
y ya no pesan nuestros huesos,
y todo se reduce en un solo suspiro.
Después del latigazo, cogito ergo sum
sonriéndole a la vida donde no hay muerte.

Ivette Mendoza Fajardo

Tu mirada era

Tu mirada era como un rio
de flamingos hambrientos
en el esternón de la tarde
silente y femoral.
A distancia, en las agitadas
charcas del pantano
se escuchaba el croa, croa
de una rana invisible
tratando de marcar su territorio,
solo el paseante meditabundo
podía escucharla.
Otros con binoculares
observaban detrás de la cerca
pero los árboles danzantes
por el viento
los escondían bajo la vistosa
vestimenta otoñal.
La zozobra era una anciana
temblorosa, huesuda y cohibida.
Las gaviotas con sus blancos ropajes
dando la bienvenida entre el bullicio.

Ivette Mendoza Fajardo

Resinas y golosinas de un infiel anunciamiento

Resinas y golosinas de un infiel anunciamiento.
Las beguinas exhalan bocanadas de firmamentos
algunas veces refunfuñaban en sueños del vértigo.
He crecido al instante de tu alcance catador.
He comido cartílagos igualmente con otras bocas.
Y tú me susurrabas desde tu vida de calcomanía:
“Me atrae tu dolor leproso,
carcomo tu escalofrío hipocondriaco,
me encantan las ruinas de tu cuerpo”.
La noche contabiliza tu laberíntico árbol genealógico
antes de hacer cantar su sonrisa el gallo al amanecer.
Viví en el óvulo palpitante por cada año luz.
Es medianoche y miro fijamente al malhadado
centurión con ataduras dispersas por la muerte.
Una giralda se casa con un girasol que no gira.
¡Sable fanfarrón la de la mortaja!
Madurativamente, veo su emoción tangible
atravesando ratoneras prepotentes y ponzoñosas.
Una jauría de preceptos y huesos fríos
excavan chifladura en una tempestad amarga.
Con alma de iguana encuentro la misericordia
entre las navajas de los siglos.
Mis ojos subirán al umbral hasta sentir el
temblor rencoroso de los lobos con tentáculos brujos.
Clínica de la lluvia melodramática que ha dejado
de llorar gritos desde el cielo titánico y desgarrador.

Ivette Mendoza Fajardo

Fragmentos de cristales de sombra árida o luz adormecida

Fragmentos de cristales de sombra árida o luz adormecida
sembrados estaban en el Parnaso de Apolo
que anticipaba un sueño hidalgo y giraban lentamente
en la roca de la dinastía.
Enfermiza sal desparramada rememora ideáticas
mancuernillas de estatuas incineradas en los telares del crimen.
Me resume lo desafinado de la danza como conventos
sin follajes y cejas azules con sus ramas de estricnina.
Anillos pirotécnicos construido por la cólera, desconozco
sus acentos de permanencia rescatada ante su doloroso
goce sofocado.
Como un chorro de humo se destila un sol anaranjado
en días de pavor, al filo de la incertidumbre disfrutando
su pretérita grandiosidad.
Lépera rectitud benevolente cruza un tenebroso mar de las
dudas con asteriscos resucitados.
De pronto algo se ovilla escarchando el mundo vacilante
para que respire un planeta en el vértigo de Lepanto.
Bipolaridad de la ausencia y sus nostalgias obsesivas
se acuestan lujuriosamente en las tabernas para decirse adiós.
Se suicida a carcajadas el himno nacional del mono narigudo.
Mírame y no te veo; exaltación del espacio y caricia de la materia,
nos agarran por la espalda desconcertados comprendiendo
solo las artes marcianas y el neutrón que alegra los cinco sentidos.
¡Oh diademas y plumajes, el licor orgásmico de los cielos!
La patria despeinada de la torre de Babel, deriva, culmina,
ataca, absorbe la modorra de los ornitorrincos.

Ivette Mendoza Fajardo

Se descarga el pixel desde la ventana

Se descarga el pixel desde la ventana cinocéfala
donde estaré con mi RAM de rayo amordazado=
encaneciendo los monitores hacia los mares del pirata.
Cincha el conmutador como una letanía:
Y miras mi perfil catar la carnalidad de la luz
ya para siempre recorremos el mundo cibernético
de muecas y máscaras candorosas
ante aquellos ojos virtuales que nos persiguen.
Ardemos y ardemos en nuestra caja digital
se esconde un guitarreo en los correos del derrumbe
mis lexemas informáticos a cambio de una ilusión pasajera.
Arranque, arranque cambio binario del plumaje cero y uno
etéreo como la coma fija en el ojo compatible del ordenador,
que cadavéricos, picotean ropajes de colores.
No buscan el amor: No, buscan vivir en la era decimal cavernícola
entre abedules azogados y osos polares invernantes.
Una memoria reprogramada en objetos precintados
ha creado la noche del castor boreal
que desde lo gráfico salen como en desbandada de pájaros.
Los pixeles integrados son dinosaurios visionarios que
combaten a fuego limpio, se internan en las praderas de la soledad
sobre todo en mi melancolía ya virtualizada.
Cuando la colosal brisa empaña los filtros y cristales
pienso y luego texteo,
pienso en el verídico perfume de la humanidad.

Ivette Mendoza Fajardo

Cuando la teoría engendra

Cuando la teoría engendra y engendra
como telarañas el bullir y su valimiento
de mármol soterrado, o quizás algo
como un montículo en el dolor de
este cilicio de clemencia, es una prueba
que avanza adondequiera que esté tu
breviario de pagoda porque lo has
observado entre las grupas del tiempo
que te cubre como credo inicial,
explicándote en su enunciado primero,
con ojo crítico de todo, y en todo
como cuando come carroña el fantasma,
muere allí, dentro del misterio de la vasija,
convertida, enterrada a veces,
astronómicamente infeliz en el pozo artesiano
de los búhos.
Y en el hábito del orden de las cosas,
intentamos soñar dentro de un vals
aunque la emoción no permanece ferviente.

Ivette Mendoza Fajardo

Un encuentro en la recta tridimensional

Un encuentro en la recta tridimensional
así retornan aquellos días de gabardinas
en que la pasión imaginaria irrepetible
era un ramillete de soles a colores
de ilusión cinematográfica y encanto de telón
de la síntesis del verbo con su sangre fría
de lágrimas embrionarias, primigenias
brasas de neón en la fuente de Merlín
aquellos días en que conseguíamos
llevar una estrella dentro del alma
a veces se disponía emprender una hazaña
y retroceder el tiempo para siempre.

Ivette Mendoza Fajardo

Todo es asunto de un gramo de segundo

Todo es asunto de un gramo de segundo o un minuto más.
La nebulosa cenobita que alcanza todo lo infinito entre la brecha
de dos palabras del tamaño del dolor y el boscaje de la ironía.

Un enunciado dice así: su síntesis de soledad, la añoranza de la pluma
más triste y la solitaria sima abismal, van rumiantes en la brizna del
deseo, envueltas por quimeras, todo en movimiento liberado y afectuoso
o como un amor fatal pero más que todo al gusto del piropo.

Yo, tres veces enamorada de tres lebreles cuestionados hasta callar la risa…
pasando por la lógica que el mundo no comprende; luego aparece la
monstruosa y bella crítica del silencio; la divagación cuando menos
lo esperamos.
El simple hecho, la opinión del cabello de los cadáveres aprendiendo
andar de nuevo, el suspiro del sueño despedazado
en veinte porciones del tiempo desmemoriado que con palancas
resucita al beso difunto; todo esto hace tristemente al hombre feliz.

Ivette Mendoza Fajardo

Obscuro silabario de dudas

Oscuro silabario de dudas sobre el espejo anacoreta,
cosifica cuerpos en el regazo translúcido que es la habichuela
de todo lo existencial,
en una dejación de estratósfera
también bracea dentro del agujero negro.
El perímetro de la veracidad, jadeante en regodeo
hace exactamente la voz fantasma de Andrómeda
como para congraciarse
a la inédita ley gramatical en un rayo de microondas.
Viento atómico en crepúsculos violetas.
Cielo mutilado por ondas marcianas
meridional desde el principio, su intuición globulosa
en el cansancio de la lámpara y su Delírum Trémens
al oído en rutina ignota y asfixiante.
Oscilación acompasada,
el soliloquio apóstata de la alborada,
fermentado hacia el cuadrante trimestral
en el barbarismo armónico
del confalón extraterrestre,
liberado a punta de plegarias equinocciales.
¡No al dolo, al engaño, a la mentira!
¿No es que era un espiche enérgico?
El jilguero hidrópico y altruista de la lágrima
candente ayudó a aquel astrónomo, justo y
apto de ideas a caminar por
el espacio oblongo de la memoria adjetivada.

Ivette Mendoza Fajardo

El exacto renacimiento dorsal relaciona carne del hongo pronombre

El exacto renacimiento dorsal relaciona carne del hongo pronombre.
Con hilos de otros carnavales y cristales de tus baratijas,
su nariz helénica jamás presintió la nada. La madera ha derrochado
mis crucigramas abatidos hasta hacerte un verso de espuma roja.
Nosotros los náufragos devoramos el derecho de reproducción vacía.
Con sus cabellos venenosos, he malgastado yeso de suerte pagoda.
Improvisa fuego párpado del Apolo divino impresionante a odisea.
Desenmaraño los dientes de los mares en arrebato protagonista.
La insolación de las aguas y la materia, en tejados del odio.
Contemplo con nocturnidad el beso que te satisface casi soñando
el laberinto de la playa con sabor a nave espacial.
Atrapaba asomando con olores gustativos un sonido cualquiera.
Bendice de la universidad esa pusilanimidad de descender del agua
con muñecos de trapos hippies y residuos de amor espantapájaros.

Ivette Mendoza Fajardo

Echando una mirada fidedigna

Echando una mirada fidedigna a las pértigas húmedas con interés de filosofía, me guarecía. Tiempo figurativo de penumbras se repiquetea el enigma casi exudado en los remolinos de la atmósfera. Con los dedos medrosos en la faltriquera, tu instinto orgiástico para la interpretación de muchos personajes en el paralelo de cada momento suplanta sublimado en velloso estado su desasosiego neutro, grumoso. En el forzamiento, vislumbro los veleros simiescos de unos contra otros capaces aún de sorprenderse. Para después de la cuarentena claustrofóbica, un virus nauseabundo y medio lampiño exacto y ultrajante salpicaba irradiación insomne maliciosa y rencorosa. Más allá de mis tentáculos, purgaciones de sapientes excéntricos y desmotivados moteaban gondoleros ceñudos y exacerbados. Con paso crepitante, la marea matemática se derramaba hacia la retina del átomo cirquero en Fortes fortuna adiuvat. Sobre su humero incendiado, he soñado heráldica de lo incógnito y una discordancia numulítica sin amargura macilenta, casi ilusionada.

Ivette Mendoza Fajardo

Arrebol irreversible

¡Oh arrebol irreversible contra arrebol aborrecible!, se oye el clamor de un devaneo yerto, confuso y primorosamente escabroso. Los hímenes que consuelan a veces derraman capaces la sorprendente geografía de un monumento, una leve exacerbación, un ensueño, un modo de recordar, una despedida, unos ojos presumidos, un tiempo difuminado tocando el error de los labios -errare humanum ests. Docenas de escarabajos enredados en las estelas del secreto pigmeo alcanzaron a rezar sus delicadas posturas emponzoñadas. Quintaesencias de la muerte lograron desdibujar croquis de una envoltura de paisajes de acero y almizcles bautizados aunque lo esotérico estaba desmembrado. Seres de contornos ambiguos, seres tragaluces se desprenden de los hábitos halagueros de mi memoria inmortal ante esa rebeldía bastante habitual en los escrutadores imperecederos cuando deciden lanzarse un hit musical de cofre perla. Melindrosa de tocar con los oídos la pausa ondulada. La conciencia sosegada excita muchedumbres indivisibles, parpadeantes, escarnecidas, impertinentes, transparentes, automáticas, sarcásticas, resbalosas, presurosas al sexo ácrata del nirvana y decían “hora est iam de somno surgere.”

Ivette Mendoza Fajardo

Como una rosa de amianto

Como una rosa de amianto difusiva sobre estrellas con fingimiento de trigos, desenreda el alma melliza su horizonte ondulado. Con robustecido orgullo monologado, sospecha femeninamente la escena de lo no evidente apostando su último adagio en el mar de mi razón. Todo lo nuevo en la inercia de la guillotina, aborrece, cae y se levanta, vuelve a caer como esa lira presagiada que no era terrenal en ciertas distancias mientras se abría pétalo a pétalo; se labraba despacio al sermón de la esperanza. Millones de estrellas aristotélicas navegando la noche, muchos dioses iracundos y miles de devotos cegados interpelando en silencio para espantar sus malos albures que provocaban el averno del homeostático delirio; las formas turbias de tantas interrogantes llenándonos de acíbares tecleando conjuros malignos. Tras muchas desilusiones, traspasábamos un estremecimiento contrito, se deslizaba como un aceite conmovido de abrazos por las ventanas zaristas a llorar la nota muerta y era la voz de una gacela renegada. El tardío revoloteo de uñas atraviesa la venganza exánime de lo no comunicado en el instinto primate de su verso con encrucijadas. La cúpula agreste del papel pandémico amoroso entona tigres góticos y exacerbados emoticonos.

Ivette Mendoza Fajardo

Maquina cautivo en su aurúspice de gracia

Maquina cautivo en su aurúspice de gracia el guardar abierto el ombligo de la humanidad jamás sintió el silencio de la nada. Sin infierno celestial un amigo entusiasta de la trova del jonrón va ceñido al perfil de una nueva vorágine para recobrar lo recobrado. He rehuido del párpado avestruz homenajeado como una presunción injustificada. Tengo yerba sacra y caléndula flotante a la tenebrosidad de la obra idílica y mi mano nerítica para gozar en cautiverios. Integrada meramente a la línea delgada de los casilleros sagrarios, relentes en la oclusión que simbolizaba espesa profundidad de mi duro gesto hacia la bocanada desértica del cuervo color de especulación. Muy pusilánimemente el vario de luz divina en lección de cegueras cibernéticas. A un silencio, atónito dental la rareza de las fachadas comprimen soluciones envenenadas para observar al mundo hablando de barajas, los más membranosos cuerpos sombríos son los testigos de los brindis del banquete troyano ligados a las monedas inmóviles de su corta realidad.

Ivette Mendoza Fajardo

Imperios entre abetos melenudos

Imperios entre los abetos melenudos y rendijas postuladas eran estas inteligencias humanas sobre sapiencia hegeliana. En los vaivenes del embeleso marrón, me embriagaba. Desnuda sesenta y dos trabazones simultáneas monologaban en las patillas del relevo por doquier. Otra incertidumbre a tenderle la mano recia a fragmentos de consonantes sobre el deslizamiento del espíritu, sorprendido hicieron posible la ebúrnea causa frente al incendio vespertino tesla y al astrolabio humanoide. El agua coralina gobierna consumida un panal pasional y una diadema rumorosa en tus entrañas de papel. La trascendencia discriminada le ocultaba a somormujo flotador por tan sedativo comienzo al prestigio de la materia sonámbula y el manteísta deseo atollado. Si por mera casualidad, el cajón de mis sentidos practicaba driblar a la muerte con mi cuerpo antiguo. Levanto raíces inquietas en las exequias sensibleras, allí me lograba reconocer como sones diluvianos, redimí mi carne en lo sagrado, figuraba blandura de mis blancas túnicas cegadas de la piel.

Ivette Mendoza Fajardo

Con un orgullo aletargado

Con un orgullo aletargado, aquella desnudez rampante y mundana se vertía. Las imágenes hechas humos de falsos tatuajes indígenas deseaban sanar la voz temblorosa del fango herido. A favor de la pólvora hermana, clandestina como el rictus de rocío la tiniebla trazó pregunta menstrual de la muerte a las más perversas pestañas mojadas a calcinar toda longuísimo destierro. La sensualidad del mito urbano, detrás del antifaz del espanto era un ataque de migraña que crecía y pesaba en el alma como kilómetros de filosofías romanas. Mis adjetivos acústicos, la gloria del quebranto eran encubridores con una flecha indiscreta sugerían una animadversión menos triste sacudiendo las dionisiacas noches asombradas. En verdad déjame decirte que nuestros espíritus reflejados en sus pergaminos derramaban las costumbres vitales y bestiales de un suspiro iconoclasta, enfrentados exclusivamente al exangüe del instinto, lánguido en las perspectivas caleidoscópicas junto a su ala membranosa de bengalas. Mis secretos más secretos lo único real entre sorbos asalariados y torpes sus garras en búsquedas constantes, andan de vereda en vereda de inventario a inventario psicosomáticos ante del ángelus demiurgo.

Ivette Mendoza Fajardo

Mares de medusas

Mares de medusas azules y señales de humos fieros
intuyen el audaz placer en ese manto irreversible de turquesa
como inquebrantable tentación señor Poseidón que valientemente
se trenza, huye y ama en las llamaradas del céfiro,
husmea el aire en algazaras impelidas por algas intrépidas,
la energía marina golpea sus mejillas en parpadeo de música
y triunfo atrapados allí por siempre
y los celajes ya son alondras que volverán a ser sirenas.

Marejadas en cuya espuma Zeus planta solo estrellas
como en partituras de tormentas onerosas y suplicantes
tarareando sin cesar junto al sol que irradia verde fluorita
como una mano amistosa donde el tiempo nunca se sonroja
las aguas recorren la inmensidad de su afán
para absorber esas gotas de lluvias que se derrama en la
verticalidad del coral universal donde quedarán grabadas
como mis escanciados lamentos sublunares aperfilándose en tu suspiro.

Ivette Mendoza Fajardo

Mi rostro en la ventana

Mi rostro en la ventana corroía al trepidar del fuego gesticulado con un revestimiento flamboyán. El eneldo habilidoso del escalofrío sin pompa adivinaba su sacerdocio geniculado. Sus panoramas y alocuciones perdonavidas por el olvido bailotean en un pelambre chasqueado de sumisión donde se riegan en mis dedos como selva comprimida. Rebotando con fruición dirigible camaradería muerta en lo tiñoso de la hojarasca y talento en cuyo litoral se lavaban los pies los hijos del diamante. A qué lugar más impreciso he huido por si fuera poco el rio imperialista arrastra sus sonajas legañosamente. Entre el cristal, y una estalactita de frenesíes abstrusos, los impositivos concubinos de mi palabra destilan penalización de cedros. Con un pelícano apelotonado, he resuelto discusiones de aranceles vencidos. Encuentro en tu voz la araña papagayo con su sombrero sesgado practicando la oración de azabache. Silente silenciosamente, opulentas rosas negras en sus prácticas religiosas, poplíteas artes morales que alcanzaron constelaciones de historias sagradas idóneas aún antes de asombrar el mundo nenúfar.

Ivette Mendoza Fajardo

Gracias a mis ideas formuladas

Gracias a mis ideas formuladas
este apego, este apretujamiento
es un bruno ácido newtoniano
que en tu mente exhumada lo marcabas,
surcos de fuegos gladiadores dejabas en mi semblante.
Y porque piensas a ras del cielo o a velocidad de los cíclopes
como cuando alguien me dijo,
las lunas que en un instante
de penumbras son, todas ellas trotan a la deriva
en una noche de agitación igual y cenizas de placeres
cómo la edad eólica renacentista
así, así la ribera risomatoza anuncia
que los pájaros también sueñan
y sin embargo mañana simularán reconocerme.
Luego en cajones numerados
conocerán el silabario de mis sueños.
Muchas cosas dan señal a tantos ojos
mientras el día no quiere despertar
la memoria del espectáculo de selva oscura ya está aquí.

Ivette Mendoza Fajardo

Arden las candentes aventuras funambulescas

Arden las candentes aventuras funambulescas se yerguen hacia el cielo. En secreto con fuerzas ambiguas los de bocas encendidas figuraban como estatuas de sal en secreto. Entonces las pequeñas misericordias de la noche intuían los silbidos pérfidos casi con esfuerzo primitivo. Pero enlazada por aquellos temporales de tus garantías de amor era el vídeo de la perfección de la naturaleza acentuando los silencios que palpitaban en cada espora de la belleza y acortaban las distancias. En nuestro pentagrama la misma incertidumbre.

Qué ahuyenta sombras con su luz divina esas con tenue cerúleo de plata calmando mis anhelos. Tengo vestuario de sombras que audaz me precipito golpeteando tus sienes. Aparecí como fruto desamparado en la certitud de lo que presagio calando como un misterio inolvidable algún mito.
¡Fugaz, impredecible! es más urgente ahora que se roben el alba de los léxicos automáticos. El subrepticio beso más quemante mientras más lejos enciende, más hace un espejismo rodeado de avestruces. Verdades y veredas donde crecen poliedros con alas cristalinas que a ras de estancia paradisíaca exhalan sus quejas de repugnancia.

Ivette Mendoza Fajardo

Teologales carolingios

Teologales carolingios con su don
sopesado se expresarán escamoteados
y situarse en espacios seculares flemáticos
Ilustrarán otro punto de acero
las bellas gregorianas melodías
cuando sus ojos en círculos amaron
envolvieron nuestros cuerpos
al alcance de su eufórico expresionismo
sus majestuosos perfiles seráficos
no dejarán de revelar el vacío
como su isómero arte ennoblecido.
Robusto en su Olimpo utópico
retorno, racimo seco, estampa
en un terceto de susurros
traspasamos la danza ignífuga
del tiempo.

Ivette Mendoza Fajardo

Busco en la pesadilla del puma

Busco en la pesadilla del león reconocerme:
Mi mano derecha es un hombre desnudo en primavera
con sus zapatos de miedo que saben a sangre de mar.
El televisor absoluto decapita sus ramas de estrellas
alguien lo quiere, lo quiero yo en el periodo menstrual
de su camisola de numen.
Oye la fortuna y la trampa del fantasma agrietado
y sus poros eran un panal de abejas leucocitos.
Rasco la espalda del oso polar y escucho sus rencores
invernales y son esas mis uñas trompetas.
Todo mundo era un niño de adioses que
hacía reír al muslo de la vaca marciana.
Verte emerger desde el ombligo de las vírgenes y
pecando vas en el ojo de la luz risueña.
La tierra es un animal en celo y busca un escape
en su piel de ternera.
¿En qué dirección del universo fluye tu amor?
Indestructiblemente temblando por la angustia
de una cuerda maleable.
Saltando hacia los nidos del pensamiento en
sus costuras de sombras.
Desterrada de la ausencia de tu imagen, temo
a las palabras habituadas y tatuajes de aceros.
Ofrecida a la lluvia su frescos labios puros
nadie nos protegerá de nuestra vanidad.

Ivette Mendoza Fajardo

Se inclinan los blasfemos

Se inclinan los blasfemos más execrables del tiempo
con el esperpento de la historia de color dorado
atrapados en noches sin leyendas mefíticas
guindando por el contorno de la muerte como una letanía
no vemos ni un sonido deslizándose silencioso
ya sea como el eterno descifrar del paso olvidado
impalpable en los cejas que son un arma de doble filo
quizás descubrieron la eternidad de la figuras fabulistas
se construyen un planeta de metáforas,
un vacío inmaculado les arañaban las venas
hasta que no quedaba huella de sus efigies
volátil como las lágrimas que no se
transforman en agua sino en humo
escuálidos, a soñar solamente con la cerradura
de sus yelmos de miedo, resonando, repicando
pero pronto una oscura avidez en la sangre crecía
sobre fuego muy pausado una delgada flecha rota
asomaba y en lo que no traspasaba se guardaba y se olvidaba
cuando los letargos de ilusiones se disuelven en los cristales,
Apolo se retuerce en el riachuelo pantanoso.

Ivette Mendoza Fajardo

Los labios eran una espada germicida

Los labios eran una espada germicida,
un virus, organizado en soledades
los labios eran sólo una taquicardia
como el llanto de una ambulancia enfurecida.
El escalpelo que era lanza de fuego en oprobio,
ya el cirujano no calmaba tu agonía, deslustra.
Enfermeras electrónicas en todas las direcciones.
Los porvenires bordados en alcohol color uterino.
Pero la vida es voltaje para suturar al idealismo.
Debo asumir que hoy es un lunes medicinal.
Un enfermo a menudo vivo porque presagia con
penicilina.
Y tú y yo bailando en el cuarto de emergencia
porque un canción nos reconforta.

Ivette Mendoza Fajardo

Nave herida

Nave herida lumbre sol
Vectorial faz de etileno
Un amor un recuerdo
Por mi fruto imaginado.
Mujer solo de ambrosía
Himeneo contra añoranza
Y un perfil mercenario
De alegrías en púrpura.
Soy barrilete de estrella
Me sufre el amanecer
Semilla amarga de luna
Y esta fuerza de tu piel.
Rio de puñales ciegos
Temor paralizante lloro
Alpaca contrahecha odio
Tu corazón alcohólico.
Espíritu de temor cariñoso
Incienso del alma a babor
Pico de arrepentimiento
Clavos carótida a bordo.
Araucano placebo latitud
Astro fuego adolescente
Vapor espectral herido
Trigonometría del averno.
Neutrón del hijo amado
Madrugada exaltada
Inmigración de los cielos
Minutos de tumba plástica.